

En el nombre del Nombre

Abraham de Talamanca mucho meditó en la palabra de Dios, antes de tomar su decisión. Había estudiado signos y señas del mundo. Leía y releía el Gran Libro y buscaban la revelación. En algún lado hallaría la palabra divina. Su desasosiego era denso: ese no saber qué, salvo que la respuesta está ahí, y no poder encontrarla. No que el mundo sea mudo, sino no entender su lenguaje. No que Dios calle, sino no oírle. Y seguir buscando y el tiempo, mientras, pasando. Tener una certeza que no se aclara, una verdad que no se prueba. Un sonido que no suena. Un color que no se pinta. Una palabra que no se descifra. Un pensamiento que no se expresa. ¿Qué es entonces lo que se tiene? ¿Cómo se puede vivir de incertidumbre, de adivinaciones, de presentimientos?

Abraham de Talamanca siente que sus ideas dan vueltas y revueltas en el pequeño e infinito caos de su mente. Flechas se disparan dentro de su cabeza y, a veces, la toma entre sus manos porque el peso es mucho. Y luego viene el dolor. Empieza el dolor por los ojos que, como luz del entendimiento, tanto abarcan y tanto sufren. Quien no ve no llora. Quién no llora no duele. Espada clavada a la mitad del cráneo. Dolor que ha hecho feudo de arterias y látigo de nervios y tormento de músculos. Abraham que ama la luz, huye a la oscuridad; que busca el lenguaje, huye al silencio. El dolor aprisiona media cabeza, mientras la otra media cabeza libre se desespera por ser lúcida. Pero la batalla nunca la gana, el dolor reina y con las manos Abraham cubre sus ojos: nada de luz,

nada de palabras. Y pierde así días que se le vuelven noches y noches del alma cada vez más oscuras.

Y la respuesta sigue sin surgir. Luego de treinta días de dolor constante de cabeza en que la parte alternante ya tampoco descansaba, fue que tomó la decisión. Saldría en busca del Sambatio, río lejano de la Tierra Prometida, río que corre seis días a la semana y que descansa el sábado; o bien, al revés, que sólo corre el sábado y descansa seis días. Horrisono ruido de río rodado que arrastra piedras, no agua, y arena, y que al séptimo día queda en total silencio y se cubre de nubes. Río que para quien lo atravesase, guarda del otro lado el paraíso donde habitan las Diez Tribus perdidas. Si lograra llegar, Abraham el talmantino, y si lograra atravesarlo.

Dejaría sus libros, el estudio, los rezos, las meditaciones. Probaría sendas y atajos de romeros y peregrinos, de soldados y vagabundos, de mercaderes y aventureros. La tranquilidad y la cordura las perdería por el camino. No ser reconocido y perderse entre los demás. Perderse para, a solas, más profundamente encontrarse. Y con el fresco de otros amaneceres y el polvo de lejanos lugares olvidar esa búsqueda del no sé qué. Respirar a pleno pulmón aires de la sierra y aires marinos. No pertenecer a nada ni a nadie. La absoluta libertad de quien sólo se tiene a sí. Probar, alguna vez, ser Dios. Imposibilidad de ser uno: siempre el desdoblamiento; siempre la presencia divina. Hablo conmigo y me contesta El, chispa de la eternidad. ¿No se puede es-



tar a solas? ¿La absoluta soledad? No, no, no. Siempre aparece, El, Dios, el sin nombre, el buscado, el deseado, el nunca encontrado, el que nos obliga a la perfección. Por eso salimos por los caminos, con Abraham de Talamanca, en busca de lo inhallable.

Abraham prepara su partida, ligero de equipaje y lleno de sí mismo. El dolor ha desaparecido. Ahora sabe lo que busca, busca el nombre de Dios y éste aparecerá cuando cruce el río último, al final de la larga jornada. Busca el significado de la palabra, lo que hay más allá de la pregunta. Y no puede conformarse con la imperfección del signo. La difícil conexión entre las cosas y su nombre. El pretender encerrar en el espacio de una palabra la idea de perfección, de unicidad, de infinito, de creación, de plenitud, de bien supremo. Dios es un signo convencional. ¿Cómo encontrar su verdadera esencia? *Baruj ha-shem*. Bendito sea el Nombre.

Ir poco a poco acercándonos a la inmensidad. Lentamente uniendo los eslabones de la cadena. Más lentamente ascendiendo por la escala de la luz. Perdernos en el reflejo parcial y roto de mil espejos contrapuestos. Y, sin embargo, aspirando siempre a subir más y más alto. Ese ansia de volar, sólo en sueños cumplida. Escalar la montaña. Llegar a la cumbre de aire puro y cielo azul. Abajo los mares y los ríos y los lagos.

Por campos abiertos y huertos cerrados, por sendas y atajos, hacia lo alto y lo bajo, se extienden las rutas de Abraham el caminante. Y cuando ya la tierra se acaba y la arena se frontera con el agua, surcar las aguas y provocar frágiles espumas y suaves ondas que, con discreción, borran sus vanas huellas. El sol que se da el lujo de la inmensa cerúlea cuna, y luego, la de las cuatro fases también. Cuando ya el mar pierde su libertad y altas rocas lo obligan a replegarse y encerrarse en sí, de nuevo el pie del caminante se apoya en el fatigado polvo, tantas veces hollado, tantas veces trasladado.

En Tierra Santa no sólo poner el pie, sino la mano y llevar el fino polvo a los labios y besarlo. Entonces, iniciar apenas la peregrinación. Ojos, pies, manos y labios ávidos. Que si la antigua tumba, que si la roca dorada, que si las piedras del desierto. Y luego, hacia el norte, en busca del Sambatio. En busca de la palabra revelada.

Pero el río es espejismo. Aparece y desaparece. Se seca y se inunda. Suena y no suena. Está cercano y se aleja para siempre. La esperanza, por años detiene a Abraham. Después la certeza le retiene. Mientras, la palabra ha sonado, sabe que está ahí, da vueltas y revueltas dentro de él; como la sangre se distribuye por todo el cuerpo, y le va llenando y llenando. Le nutre, le alimenta, le da vida. No tiene forma, se adapta al recipiente. Circula libre, es perfecta, es tersa. Es única.

Ya no habla Abraham. Ya no escribe. La Palabra ha eliminado las palabras. El Nombre es. La Revelación no puede ser transmitida. El silencio todo lo llena y alcanza su forma exacta.

Abraham ha dejado de buscar el Sambatio. El nombre del Nombre corre por sus venas.

